

EL CASO BRENTANO

Eugenia Dalmau



Grassville (Valle de Willamette), Oregón

2 de septiembre de 2019

Empezaba a oscurecer cuando, como una aparición, Eva Brentano empujó la puerta del bar de Molly. Sin prestar atención a los pocos clientes que se encontraban en la cafetería, a quienes les era imposible apartar los ojos de ella, se dirigió con paso firme hacia la barra. Con voz tranquila pero enérgica le dijo a la camarera: «Llame a la policía. Hay un hombre asesinado en la parte trasera del parking».

Molly dudó unos segundos, que le permitieron fijarse en la escultural pelirroja que tenía enfrente y en la senda de rojas pisadas que sus zapatos habían impreso desde la puerta hasta el taburete en el que se había apoyado. Tras la inspección ocular se acercó al teléfono y descolgó.

Eva se dejó caer sobre la barra y tomó aire. En un acto reflejo se frotó las palmas por la cara y el pelo, y su rostro quedó embadurnado por la sangre que llevaba adherida a las manos. Un hedor que le resultó insoportable se le filtró por la nariz y la obligó a abrir los ojos con urgencia, como si el olor a muerte la transportase de vuelta a la realidad. En un instante recobró el aspecto solemne con el que había entrado; y sin más, permitiendo que el repiqueteo de sus tacones resonara como un cadencioso eco en el local, se encaminó a los lavabos.

Los presentes permanecieron hipnotizados observando los elegantes movimientos de aquella mujer de labios carnosos y piernas infinitas empapada en sangre: un hombre se olvidó de engullir el trozo de salchicha que tenía pinchado en el tenedor mientras que a otro, con la taza de café a medio camino entre la mesa y la boca, se le desparramaba sin inmutarse parte del líquido sobre el plato de huevos revueltos que tenía delante. Molly, con cara de espanto y a pesar de que ya no había nadie al otro lado de la línea, se quedó con el teléfono pegado a la oreja. Una camarera con uniforme rosa y delantal blanco se mordía la uña del pulgar con avidez.

El portazo de la enigmática joven los sacó de su estado pétreo y supuso el pistoletazo de salida para que todos, sin excepción, salieran en estampida hacia la parte trasera del aparcamiento.

*

Eva apretó varias veces el pulsador del jabón y como un autómata se lavó las manos bajo el chorro, mientras la blanca cerámica de la pila se transformaba en una amalgama escarlata de espuma y agua. Se miró en el espejo y observó las manchas de sangre seca que le salpicaban el rostro.

Puso una de sus mejillas bajo el grifo, después la otra, al tiempo que se masajeara la piel y el pelo con furia hasta que ni uno solo de sus mechones quedó seco.

Dejando que gruesas gotas resbalasen por su cuello y escote irguió la espalda y se descalzó. Con un papel húmedo fue limpiando las suelas de sus zapatos.

Al escuchar la sirena de la policía volvió a mirarse en el espejo. De forma meticulosa eliminó las marcas acuosas de color negro que la máscara de pestañas había impreso alrededor de sus párpados. En cuanto terminó, con aire digno, se dirigió a la salida.

*

—Sean, avisa a Collins y a Anderson y que se pongan con la escena del crimen. Y vosotros dos, precintad la zona antes de que aparezcan más curiosos y lo contaminen todo —les ordenó el sheriff Don Merrigan a sus hombres.

Enseguida se giró hacia el reducido grupo que se había situado alrededor del cadáver mientras se ajustaba el cinturón donde descansaba su pistola. Pese a la escasa luz, el gesto provocó que la Glock 19 cobrase protagonismo.

Observándolos alzó la voz para hacerse oír:

—Ustedes, por favor, despejen la zona y tengan cuidado de no pisar ninguna prueba relacionada con el crimen. Me refiero a la fruta que hay desparramada y a la sangre; y que alguien me explique cómo han encontrado a este hombre y si han visto u oído algo que nos pueda dar alguna pista sobre lo que ha sucedido.

Pero los espectadores tardaron unos segundos de más en responder, se encontraban demasiado perplejos observando el cuerpo de un hombre canoso, muy bien vestido, tendido junto a un Cadillac Tahoe de color negro con la puerta del conductor abierta. Flotaba sobre el charco que había formado la sangre procedente de los dos orificios de bala que le traspasaban la mejilla

izquierda y la frente. Entre las manos todavía sostenía una bolsa de papel marrón de la que todos suponían que provenían las frutas y hortalizas que se encontraban diseminadas cerca del cadáver.

Finalmente Molly levantó la cabeza y tocándose el cabello cardado, lo que sumaba varias pulgadas a su delgada figura, se decidió a hablar:

—Ha sido una mujer, por cómo iba vestida debe ser forastera. Ha entrado en la cafetería y nos ha dicho que en la parte trasera del parking había un hombre asesinado y que llamásemos a la policía. El que me resulta familiar es el cadáver, no venía muy a menudo, pero lo recuerdo. Era un mandamás de esa condenada fábrica —Molly escupió las últimas palabras mientras se giraba y señalaba con el dedo la columna de humo que salía de la vaguada que formaban las montañas.

—Harry Brentano... —murmuró el sheriff agachando la cabeza y tocándose el sombrero.

Molly se disponía a decir algo, pero la voz de la desconocida, que con sigilo había avanzado hasta colocarse enfrente del jefe de policía, se le adelantó. Estaba empapada e imperceptiblemente tiritaba bajo la blusa mojada que se le pegaba a la piel:

—Harry Brentano —repitió—, director del departamento de investigación y desarrollo de la planta.

El sheriff entornó los ojos para fijarse mejor en ella. No era la primera vez que la veía, pero prefirió ignorar ese detalle. Aun conociendo la respuesta le preguntó:

—¿Y usted es...?

—Eva Brentano —dijo de una forma cortante—. Harry era mi tío.

Transcurrieron unos largos segundos, en los que ambos mantuvieron clavadas sus miradas, hasta que el policía, alisándose la negra y grisácea perilla, resolvió proseguir:

—Lo lamento. ¿Le importaría continuar la conversación en el interior del coche patrulla? — No le cabía la menor duda de que Eva Brentano era la mujer que había dado la voz de alarma.

Ella asintió con la cabeza y el jefe Merrigan le cedió el paso. Recorrieron las diez yardas en silencio y al llegar al Ford Explorer se apresuró a abrirle la puerta para que se acomodara en el interior. Don ocupó su asiento, encendió la luz y se giró para tenderle una manta a cuadros de la parte trasera del vehículo. Eva se lo agradeció con un nuevo asentimiento de cabeza y se cubrió con avidez. A pesar de estar todavía en verano, la temperatura bajaba considerablemente por las noches, y con el cuerpo mojado no sería difícil pillar una pulmonía.

—¿Se encuentra mejor? Imagino que habrá sido un golpe terrible encontrar a su tío en semejantes circunstancias —El sheriff se deshizo del sombrero y dejó a la vista la sutil calva que se le empezaba a formar en la parte central de la cabeza —. ¿Cómo lo ha descubierto? ¿Quedaron en verse aquí?

Eva tomó aire y sin dejar de observarlo empezó a hablar. Su voz sonó serena:

—Me llamó y me dijo que teníamos que vernos, que era muy urgente. A mí no me venía bien, pero él insistió y, como puede comprobar, accedí —Recostó la cabeza sobre el respaldo—. Me llegó a decir que se pondría en contacto con la fiscalía.

—¿Tiene alguna idea sobre el asunto del que podría tratarse? ¿Quizá algo relacionado con Brentano Plastics? Imagino que si se puso en contacto con usted para verse y contarle algo muy urgente, que tal vez le ha costado la vida, será porque gozaba de su plena confianza.

Don Merrigan se pasó la mano por las portentosas patillas que le llegaban al nivel del lóbulo de las orejas. Eva pensó que a pesar de su edad aquel hombre desprendía un irresistible aire varonil, de los que perduran con el paso del tiempo.

—Es posible que estuviera relacionado con la fábrica, jefe... —e hizo como si se esforzara en leer su nombre en la placa— Merrigan, pero, sinceramente, no tengo ni idea del motivo ni de por qué me escogió a mí. En realidad, hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos

—¿Le dijo si pensaba pasarse antes por el supermercado?

Eva se tomó su tiempo antes de contestar:

—Si lo dice por la fruta y la verdura, imagino que le vendría de paso y decidí hacer la compra antes de que cerrasen.

Aquella mujer era un hueso duro de roer. Haciendo uso de su memoria el sheriff optó por ser un poco más incisivo:

—Usted trabajó en la fábrica, ¿no es así?

—Sí, pero de eso ya han transcurrido cinco largos años... Exactamente el mismo tiempo que no venía por Grassville.

—Y dónde ha estado, ¿en Portland?

—¿Es esto un interrogatorio? —Eva levantó el mentón con suficiencia— Creí que le iba a contar las circunstancias en las que he encontrado a mi tío..., y no a relatarle temas personales. Aunque, en realidad, tampoco me importa —Se pasó la lengua por los sensuales labios antes de continuar—: Me llamó esta mañana, parecía alterado, y quedamos en vernos aquí. Cuando he llegado he visto lo mismo que acaba de ver usted, solo que me he acercado y lo he tocado para ver si estaba vivo. No lo estaba y me he ido al bar para que avisaran a la policía —Entrecerró los ojos como si leyera el pensamiento del sheriff—. No he utilizado mi móvil porque, al ver que algo extraño había sucedido, he salido del coche a toda prisa y me he dejado el bolso dentro. Y no vivo en Portland, vivo en la costa, en Seagull Cove. Y tampoco me pregunte sobre asuntos de Brentano Plastics porque no voy a darle ninguna respuesta... No porque no quiera dárselas, es que no las tengo —con lentitud preguntó—: ¿Soy sospechosa de algo?

—En principio, no. Pero será mejor que esté localizable por si la volvemos a necesitar —
Eva hizo amago de abrir la puerta, pero Don la frenó con otra cuestión—: Un momento, cuando ha
dicho que su tío se iba a poner en contacto con la fiscalía, ¿sabe si se refería a David Goodbred?

—Ese fue el nombre que me dijo. Si me va a preguntar si sé quién es, le diré que apenas lo
conocí; coincidimos en dos ocasiones hace años pero ni siquiera llegamos a hablar.

Levantando los hombros, señal de que no tenía más que añadir, se desprendió de la manta.

—Quédese la. Ya me la devolverá en otro momento. Hace demasiado frío como para ir
mojada por el mundo —dijo el sheriff. Y durante un segundo observó su pelo rojizo con extrañeza.
Tal vez aquella cautivadora mujer hubiese aprovechado el agua para deshacerse de algo más que de
sus nervios.

Como si Eva volviera a hacer uso de la telepatía añadió en un tono irónico, que sonó
despreocupado:

—¿Sabe una cosa, sheriff Merrigan? Me he lavado porque no soportaba sentir el hedor de la
sangre de tío Harry sobre mi cuerpo. No he intentado quitarme ningún resto de pólvora, porque no
había pólvora que quitar.

—¿Dónde piensa alojarse? —Los ojos castaños del sheriff desprendieron un brillo de
inteligencia.

—Si sigue en pie el Rodeo Motel, pasaré la noche ahí.

—Perfecto. No se deshaga de la ropa, un agente pasará a recogerla.

Eva Brentano bajó del coche mientras, pensativo, Don Merrigan se mordisqueaba el labio.
Antes de cerrar la puerta volvió a hablar usando el mismo tono de indiferencia:

—¡Oh! Espero que no llegue tarde a casa y pueda acabar de disfrutar la cena con salsa de
tomate que le ha preparado su esposa —El sheriff frunció el ceño. A ella pareció no importarle y
continuó—: Lleva usted una barba muy cuidada, pero no es obra de un profesional, ese es un
trabajo realizado por una hacendosa esposa, que también prepara succulentas cenas. El punto rojo —
dijo señalando la minúscula mancha roja que Don tenía junto al cuarto botón de la camisa— podría
pasar por sangre, pero la diminuta semilla delata que se trata de tomate. Buenas noches.

Don Merrigan también abandonó el coche y se unió a sus hombres. Los refuerzos ya habían
llegado y estaban tomando huellas y recogiendo pruebas. Sin perder detalle de los movimientos de
Eva se acercó al sargento Johnson y le murmuró: «Está mintiendo. Síguela, y no la pierdas de
vista».

Apenas pudo conciliar el sueño durante la noche. Su mente había decidido jugar con ella y dibujarle regueros de sangre resbalando por su frente, que se multiplicaban sin control hasta convertirse en abundantes chorros que inundaban el espacio. Ella acababa engullida en ese gigantesco y viscoso mar granate.

En esos momentos el corazón se le desbocaba y notaba una falta de oxígeno que la obligaba a abrir los ojos con desesperación. Se incorporaba para recuperar la calma y permanecía en esa postura hasta que volvía a dejarse caer sobre el colchón.

Cuando en una de esas ocasiones observó que unos tibios rayos de sol atravesaban el ventanal se puso en pie y fue directa al baño. Necesitaba una ducha y que el agua helada le ayudase a pensar con claridad. En realidad, lo único que pretendía era apartar la visión de tío Harry de su cabeza.

Mientras se quitaba la humedad del pelo con una toalla se preparó un café. Sin saber por qué, tal vez como método de evasión o quizá porque vivía en Grassville y hacía tiempo que no hablaba con él, tuvo un fugaz pensamiento hacia su hermano Dexter. Lo llamaría, pero eso tendría que esperar, antes pasaría a hacerle una visita al fiscal.

Con esta idea sacó la ropa y el neceser que preparó el día anterior, cuando recibió la llamada de su tío, por si tenía que pasar la noche fuera de casa.

Entre trago y trago de café se fue vistiendo hasta terminar frente al espejo del lavabo. Colocó los cosméticos que necesitaba en una repisa, y con maestría los signos de tristeza y cansancio desaparecieron. Como toque final cogió la barra de labios de un rojo intenso y se delineó una boca jugosa y sensual. Al finalizar volvió a mirarse mientras adoptaba una actitud de suficiencia, gesto que en los cinco años de práctica había aprendido a dominar con destreza y le confería una actitud de mujer independiente y segura de sí misma. Mejor que la considerasen la inaccesible y orgullosa Eva Brentano que la hija fracasada de Robert Brentano.

Se enrolló un fular de seda en el cuello, recogió sus escasas pertenencias y sacó unas oscuras gafas de sol del bolso. Incluso con vaqueros desgastados y sandalias planas resultaba una mujer llamativa.

Tras pagar la cuenta subió al coche y abandonó el sencillo motel en forma de L. Mientras se alejaba en dirección a Trenton recordó que su hijo Archie había regresado de la universidad para disfrutar unos días con ella y el abuelo y, aunque ya sabían que tal vez pasara la noche fuera, lo mejor era ser la primera en comunicarles la muerte de tío Harry.

Archie tenía diecisiete años y era lo suficientemente maduro como para asimilar la noticia sin problemas, pero el abuelo Archibald había superado la barrera de los noventa y había que andarse con cuidado a la hora de informarle de cualquier asunto que pudiera sobresaltar su corazón. Tras cruzar el río Willamette e incorporarse a la carretera 22 pronunció en voz alta el nombre de su hijo y el navegador marcó el número.

Al instante escuchó su voz. Con voz calmada le fue explicando lo sucedido: «Archie, cariño, parece que intentaron robarle, pero, como fui yo quien encontró el cuerpo, es posible que me hagan más preguntas, no sé. Dile al abuelo que como muy tarde estaré de vuelta a la hora de la cena».

Prosiguió con la conducción sin necesidad de fijarse en las múltiples tonalidades de verde que le ofrecía el paisaje, como tampoco prestó atención a los agricultores que recolectaban las cosechas, su mente, por sí sola, procesaba a una velocidad vertiginosa cada uno de los detalles que la rodeaban. Era capaz de contar los árboles que flanqueaban la soleada carretera mientras se concentraba en los pretextos con que abordar al fiscal. Aunque la víctima fuese su tío, David Goodbred no tenía obligación de informarle de sus conversaciones.

Lo único que Eva sabía en relación a la fiscalía era que no había incoado ningún procedimiento contra Brentano Plastics, a pesar de que algunos ciudadanos de Grassville habían formado un grupo de presión para que la fábrica cerrase, y los enfrentaba a otros, trabajadores de la planta, que abogaban por su permanencia. El pueblo se encontraba dividido por la fábrica, y Eva reconocía que también había dividido a la familia; aunque tal vez fueron más los intereses hacia la empresa que la empresa en sí.

Diez minutos después, y siguiendo el cauce del río que la acompañó todo el trayecto, llegó a Trenton. Hacía cinco años que no pasaba por allí, pero recordaba con nitidez cada una de las esquinas que le salían al paso. Si no fuera por los semáforos habría podido orientarse con los ojos cerrados, pero aquellos años se le hacían muy lejanos. Entonces, aunque ya era el principio del fin, la familia pasaba junta el día de Acción de Gracias y se acercaban a Portland en la avioneta de su hermana Eleanor.

Pero Eva ya no sintió tristeza al recordarlo, hacía tiempo que la fase dolorosa, en la que confirmó que su vida se había cimentado sobre una mentira, estaba superada.

Suspiró, y a través del retrovisor reconoció la figura del conductor del coche que, parado detrás del suyo, esperaba frente al semáforo. Era uno de los policías que estuvieron con el sheriff la noche anterior. Concluyó que esa visión solo podía significar que la estaban siguiendo. Para asegurarse de que no estaba equivocada aparcó en un Starbucks que le venía de camino y aprovechó para desayunar.

El otro vehículo pasó de largo, pero observó cómo ponía el intermitente y giraba hacia la izquierda; sin lugar a dudas, la seguían.

Sin importarle demasiado se introdujo en el local y se sentó con su bandeja junto a la cristalera. Al terminar con la fruta y el café volvió al coche y siguió ruta hasta la oficina del fiscal.

Supo que había llegado cuando vio la torre del reloj que sobresalía del edificio blanco de tejas rojas, donde también se encontraban los juzgados. Aparcó en la calle perpendicular y antes de apearse se miró en el espejo para recogerse el pelo. Un moño le daría un porte más formal para tratar el asunto que tenía en mente.

Satisfecha con su nueva apariencia se encaminó a la entrada y preguntó a uno de los oficiales. Tras las oportunas indicaciones sobre el emplazamiento del despacho de David Goodbred subió al primer piso y continuó por el pasillo con paso seguro. Enseguida se tropezó con la mesa de la secretaria del letrado.

Eva permaneció de pie mientras esperaba que la recibiera, sin embargo no pudo evitar fijarse en el hombre de tez morena que, tras la cristalera que los separaba, con las varillas de las persianas venecianas abiertas, atendía una llamada. Rodeado de una pila de papeles se colocaba unas gafas redondas de pasta negra para leer con atención una de las hojas. Al ponerse de perfil destacó su rectilínea y perfecta nariz. Era David Goodbred, lo recordaba bien.

Siguió observando. Con el teléfono todavía en la mano el fiscal se levantó con inusitada energía y se pasó la mano por el pelo, en lo que a ella le pareció un gesto de contrariedad. Colgó con rapidez y, reflexivo, cogió el vaso de papel que tenía sobre la mesa. En ese instante la secretaria la invitó a pasar.

David no había olvidado las dos veces que se había cruzado con ella, ni el impacto que le produjo verla enfundada en aquel vestido rojo. Habían pasado cinco años, pero el efecto que le causó aquella mujer de cinco pies y siete pulgadas de altura parecía repetirse por momentos. Sus pulsaciones se aceleraron y cierto gusanillo le recorrió el estómago. Se repuso con rapidez y tocándose la corbata en un acto reflejo le estrechó la mano:

—Un placer conocerla, señora Brentano, aunque sea en esta desgraciada circunstancia. He coincidido en innumerables ocasiones con su tío y era un buen hombre que no se merecía este final. Le doy mi más sentido pésame —hizo un movimiento de invitación con el brazo y continuó—. Pero siéntese, por favor.

Sin dejar de mirarlo directamente a los ojos Eva aceptó la sugerencia. Se tomó unos segundos, en los que pareció pensar, y se inclinó hacia él.

—Veo que no me recuerda —Su voz sonó aterciopelada—. Nos hemos visto dos veces, la primera fue en la cena benéfica del alcalde Tubbs; la otra fue en la fábrica, usted fue a hablar con mi hermana Eleanor, pero de eso ya ha pasado mucho tiempo. Creo que fue cuando saltaron las primeras alarmas de casos de cáncer y los habitantes de Grassville empezaron a ejercer presión para

que se analizaran de forma más exhaustiva las emisiones de Brentano Plastics. ¿Me equivoco? — Esa pregunta sobraba, Eva sabía que no equivocaba.

David Goodbred se sentía intimidado por la mirada penetrante de Eva, pero el aplomo que hubo en su voz al responder no le delató:

—No lo recuerdo con exactitud, pero debió ser por esas fechas cuando conocí a su hermana y a su tío, e incluso a su padre —iba diciendo, a pesar de que lo recordaba al detalle—. Acababan de nombrarme fiscal y saltó el caso.

—Entonces, me alegro mucho...

—¿Por qué? —David Goodbred puso cara de extrañeza.

—Porque así no se pudo sentir ofendido cuando, aquel día, no me acerqué a saludarlo. Ni la noche de la fiesta, pero es que estaba para pocas celebraciones. De todas formas, nunca me prodigué mucho por Grassville.

—Bueno... —titubeó—. Yo iba a hacer mi trabajo, pero me pareció verla de lejos...

Iba a añadir algo, pero levantó el brazo con excesivo ímpetu y con el codo empujó el vaso de café que tenía delante, lo que originó que se desparramase sobre los informes que cubrían la mesa. En un intento de salvar parte del contenido se abalanzó sobre el vaso con tal brío que el poco líquido que quedaba en el interior fue a parar sobre su inmaculada camisa. Notó cómo un caluroso sofoco le subía por la garganta y se instalaba en sus mejillas.

—Qué torpe soy —comentó mientras vertía el agua de una botella sobre un pañuelo y frotaba la tela de la camisa con ligeros toques—. En fin, lo que quería decirle es que me pareció verla de lejos, pero tampoco se lo puedo decir con seguridad. Y el día de la fiesta había tanta gente que es difícil acordarse de todo el mundo.

—En cualquier caso, le pido disculpas por no haberme acercado —Divertida, pero consiguiendo que ninguno de sus gestos la traicionara, hizo caso omiso del desaguisado y concluyó que aquel hombre de mirada aguda y aspecto intelectual, que se ponía nervioso en su presencia, le resultaba interesante—. Era mi último mes en Brentano y ya no tenía sentido implicarme en nuevos contratiempos —Cruzó las piernas y se echó hacia atrás—. Pero eso ya no tiene importancia. Estoy aquí por otro asunto.

David la observó con expectación.

—He venido porque necesito saber si mi tío se puso ayer en contacto con usted... ¿Lo hizo?

Con el pulgar y el índice el letrado comenzó a tocarse la base del dedo anular de la mano contraria. A los pocos segundos contestó:

—Este asunto corresponde a la investigación policial, de hecho ya ha estado aquí el sheriff Merrigan, pero por ser usted sobrina del fallecido, le voy a responder: Sí, me llamó y me dijo que necesitaba verme porque estaba recibiendo amenazas. Quedamos para hoy...

—Amenazas... —susurró Eva para sí. En voz alta le preguntó—: ¿Cree que están relacionadas con Brentano Plastics?

—Supongo que sí —David elevó los hombros y volvió a tocarse el dedo anular—. Ya sabe que su tío era el director de investigación y hay mucha gente interesada en que esa fábrica desaparezca de Grassville. Pero, para ser honesto, no lo sé con seguridad, no llegó a decirme nada más. Me confirmó que hoy me lo contaría con detalle.

—Eso quiere decir que él sabía quién lo estaba amenazando.

—Es muy posible, pero ya le digo que, con certeza, no lo sé —Preocupado, se rascó la base de los dedos—. Si lo hubiese recibido ayer, tal vez se hubiese evitado su muerte, pero yo tenía una cita ineludible y lo convoqué para hoy... No creí que el peligro fuese tan real, la verdad. Esto ya había sucedido otras veces.

—Sí, tengo entendido que los divorcios son temas peliagudos y hay que armarse de paciencia hasta llegar a un acuerdo, y eso que lo mejor sería terminar cuanto antes. Siempre he creído que un mal acuerdo es mejor que el arreglo de un tercero.

Por la cara que puso se diría que David Goodbred acababa de encajar un rechazazo en la mandíbula. Pero ella no le prestó atención y se levantó:

—Bueno, al menos ya tengo la confirmación de que el asesinato de mi tío no se ha debido a una desafortunada coincidencia del destino —A través de la mesa le extendió la mano. Él se levantó y se la estrechó—. Solo espero que logren atrapar al asesino. Gracias por su tiempo, señor Goodbred.

Todavía desconcertado, rodeó la mesa para colocarse junto a ella. Fue a decir algo como despedida, incluso se le pasó por la cabeza tener la valentía de invitarla a almorzar, pero dadas las circunstancias solo conseguiría ponerse en evidencia.

El sonido de un móvil procedente del bolso de Eva impidió que tuviera que esforzarse en encontrar las palabras oportunas. Ella sacó el teléfono con naturalidad y los dos pudieron leer el nombre en la pantalla: Andrew Travis.

A David no le cupo duda de que se trataba del senador Travis; lo sabía porque acudió con Eva a aquella cena benéfica. Pero ella colgó sin atender la llamada y con paso felino llegó a la puerta y se agarró al picaporte.

—Gracias de nuevo. Que pase un buen día.

—¡Espere! —exclamó David. Ella se giró y él dudó unos instantes antes de preguntar—: ¿Cómo sabe que estoy arreglando los papeles del divorcio?

—No crea que le he investigado —respondió Eva con tranquilidad mientras se apartaba un mechón rebelde de la cara—, es sencillamente que no ha dejado de tocarse el anular como si pretendiera girar una alianza. Como no lleva ninguna, será porque se ha visto obligado a quitársela.

Estamos en verano y no hay marca, así que se la tuvo que quitar bastante antes, pero no tanto como para que la costumbre haya desaparecido. Entonces me atrevería a decir que han pasado entre seis y ocho meses; y, como parece echar de menos ese anillo, será porque fue su esposa quien tomó la iniciativa.

Eva cerró la puerta con cuidado y David parpadeó varias veces mientras, a través de la cristalera, la veía desaparecer.

PORTLAND, primavera de 1987. 32 años antes

Echó un largo vistazo a la sala vacía y sin soltar la mano de su hija, Nora Brentano tomó asiento en uno de los sofás blancos que decoraban la estancia. La niña, pegada a ella, movía las piernas en un excitado vaivén mientras su madre, con los ojos clavados en la puerta que habrían de traspasar, trataba de aparentar tranquilidad. En realidad no tenía motivos para encontrarse nerviosa, se repetía; era una simple visita al psiquiatra que la ayudaría a entender el comportamiento de Eva, y volvería a casa satisfecha con las pautas a seguir, que tanto ansiaba.

No se hubiera sentido tan desamparada si su marido hubiese accedido a acompañarla, pero desde que se casaron tuvo claro que Robert no tenía ninguna intención de colaborar en las tareas relacionadas con el ámbito doméstico. Era el hombre de la casa y como tal se encargaría del sustento familiar, cualquier otro asunto sería responsabilidad de ella.

Recordó su reacción un par de semanas atrás, cuando le planteó la posibilidad de llevar a su hija a un especialista:

—He ido a hablar con la profesora de Eva y me ha vuelto a comentar que sigue sin relacionarse con el resto de niños, no juega con ninguno y no participa en las actividades de la clase —iba diciendo Nora en voz baja, con cuidado de no entorpecer la lectura de su marido, mientras dejaba caer la cantidad justa de sirope de arce sobre las tortitas que le acababa de preparar—. Que siempre está sola y pasa el tiempo haciendo dibujos y mirando por la ventana. La otra tarde estaban en el patio y se acercó a ella para preguntarle por qué miraba al cielo, le contestó que cómo era posible que los muertos subieran al cielo, si están muertos y no pueden coger un avión. Si Dios era un marciano que iba a recogerlos y le ayudaban los ángeles, que también tendrían que ser marcianos, porque no podía existir un solo marciano. Estoy preocupada —No se atrevió a decirle que estaba segura de que Eva era una niña especial—. La maestra me ha hablado de un doctor experto en niños... Quizás estaría bien llevarla.

Robert Brentano, con su habitual rostro serio, dejó el periódico a un lado para centrarse en su desayuno. Los burbujeantes ruiditos que emergían de la empastrada boca del pequeño Dexter, sentado en la trona que Nora había colocado lo más alejada posible de su padre, y que jugueteaba divertido con la papilla que tenía delante, parecieron despertar a Robert. Sin mucho interés se dirigió a su esposa:

—Yo no veo que le pase nada pero, si te parece conveniente, llévala. Eso sí, que no se entere la gente que llevas a la niña a ese tipo de sitios —Cambió de tema con rapidez—: ¿Ya te he dicho que acabo de comprar una partida de plástico a un precio ridículo y voy a empezar con una pequeña producción de *films* para huertos e invernaderos? —Un gesto de satisfacción se le imprimió en la cara— Pronto me haré con más máquinas y dejaré de ser un simple intermediario para convertirme en productor, ahí es donde está el dinero. Los intermediarios están destinados a desaparecer —y prosiguió con orgullo—: He sido un hacha en la negociación con la petroquímica, no te imaginas lo que he luchado, y ya tengo comprador para el *stock* de bandejas que quedaron de la campaña pasada. Ya era hora de que tuviéramos un presidente como Ronald Reagan que dejase de intervenir en el mercado y permitiese a los empresarios emprendedores como yo actuar libremente —Se fijó en su desayuno—. Por cierto, Nora, estas tortitas están quemadas, hazme otras.

Los gruesos labios de Nora se ampliaron hasta formar una sonrisa. Si su marido estaba contento, todos debían estarlo, ella la primera, por eso no le importaba hacerle una y otra vez las tortitas o lo que fuera necesario. Ella debía cumplir con su papel de buena esposa a la perfección.

Se disculpó por achicharrar el almuerzo, le retiró el plato y se dispuso a verter en la sartén la mezcla de huevos, leche, harina y azúcar que le había sobrado. Cuando ya le estaba dando la vuelta con la espátula su marido volvió a hablarle:

—¿Sabes lo que te digo? Que se me ha pasado el hambre y tengo prisa por llegar a Grassville. Dáselas a los niños cuando se despierten. Y cambia a este —dijo dirigiendo la mirada al bebé—, si no quieres que en cinco minutos toda la casa huela a mierda. Creo que el hambre se me ha pasado de la peste que hace.

—Dexter caca en culo —exclamó el pequeño dando palmadas y riendo.

Sin agradecimientos ni beso de despedida aquel hombre alto y delgado, de pelo rojizo y facciones severas, se encendió un cigarro y se encaminó a la parte trasera del adosado en busca del coche.

Nora sintió ganas de llorar y añoró las clases de música que impartía de soltera, pero enseguida se le pasaron porque sabía que Robert era una buena persona que amaba a su familia. Su mal carácter se debía a las adversidades que había tenido que sortear hasta encontrar aquel terreno en Grassville, que le permitió dar sus primeros pasos en el negocio del plástico.

Antes trabajó de gestor en un banco de Portland, lo que le dio la oportunidad de conocer en profundidad distintas industrias y valorar las posibilidades de los derivados del petróleo; las crisis habían sido superadas y se empezaba a hablar de una revolucionaria técnica para la extracción del oro negro que convertiría a los Estados Unidos en el mayor productor de petróleo del mundo. El futuro pasaba por el plástico.

En cuanto sus ahorros fueron suficientes compró a plazos la parcela que estaba cerca de donde se crió, abandonó su empleo e instaló una pequeña tienda de suministros industriales. Tras tantos años de lucha era ahora cuando empezaban a disfrutar de una desahogada situación económica. Pero sus perspectivas eran mucho más amplias y pasaban por dedicarse a la producción; aseguraba que todavía le quedaba mucho camino por recorrer. Robert Brentano era un hombre hecho a sí mismo y conseguirlo implicaba tener que pagar un precio... La dureza de carácter era el suyo. Al menos así lo creía ella.

Los pensamientos de Nora se difuminaron al notar que la puerta se abría y ante sus ojos se plantaba una enfermera que con una sonrisa se acercó a ellas y le dio unos caramelos a Eva. A regañadientes —la niña no consentía en separarse de su madre—, consiguió llevársela a jugar a otra sala mientras hacía pasar a Nora al despacho del psiquiatra. Primero debía mantener una charla en privado con el doctor para explicarle en profundidad el problema que afectaba a la pequeña y conocer sus antecedentes.

Al principio, al ver a aquel hombre más joven de lo que esperaba y sin la supuesta bata, se sintió un poco cohibida y no dejó de tocarse el pelo, que le caía en una cascada de rubios rizos sobre las holgadas hombreras, pero el trato afable del doctor consiguió que tras las primeras preguntas acerca de la familia, donde Nora le fue relatando detalles de su vida cotidiana y de las primeras experiencias de Eva, se sintiera totalmente relajada y se expresase con soltura:

—Sí, eso es, Eva es la tercera de cuatro hermanos. El mayor es Bobby, bueno Robert, que su padre no quiere que le llamamos así. Tiene nueve años y es un chico muy alegre y deportista. Luego va Eleanor, de siete, Eva la adora. Por último está Dexter, dentro de poco cumplirá un año.

—¿Y por qué su marido no quiere que llamen Bobby al hijo mayor? Es un diminutivo muy común —El doctor se rascó la barbilla y torció la boca de una forma reflexiva—. Su marido no se llamará, por casualidad, Robert —Fue más una afirmación que una pregunta. Que a un hombre le hiciese ilusión tener un hijo varón y ponerle su nombre cabía dentro de lo normal, pero cuando necesitaba a ese hijo como continuador de la saga familiar, y que llevara su nombre era una condición imprescindible, evitando a toda costa que ese nombre no incluyera ningún tipo de connotación que considerara humillante, por muy cariñosa que fuera, solía coincidir con la imagen de un padre autoritario que pisoteaba la autoestima de sus hijos. Tras las pinceladas que Nora le había proporcionado sospechó que Robert Brentano pertenecía a este último grupo.

—Sí, así se llama —Pareció que Nora leía los pensamientos del psiquiatra, porque con una inusitada energía trató de justificar a su esposo—: Es conservador y teme que el diminutivo se le quede para siempre... Le parece un insulto que un adulto se llame Bobby Brentano. Pero no se imagina lo generoso y buena persona que es, lo daría todo por su familia.

A pesar de que el doctor pensó que la generosa y buena persona era ella, posiblemente educada en un entorno que le había inculcado la sumisión como característica innata al rol femenino, ya no insistió más en este aspecto y se centró en la personalidad de Eva.

Nora le fue contando que en casa era una niña encantadora y alegre, tal vez demasiado apegada a ella y a su hermana, que ante desconocidos prefería mantenerse al margen y escuchar antes que hablar, pero eso no le parecía preocupante. La complicación provenía de los avisos de la maestra ante su incapacidad para relacionarse con el resto de compañeros. No interactuar con niños de cinco años y hablar de temas como la vida y la muerte sí que era alarmante.

Para tratar de tranquilizarla el psiquiatra le quitó hierro al asunto y pidiéndole que esperase en la sala, o mejor fuese a darse una vuelta porque se disponía a explorar a Eva y le iba a llevar una hora, se despidió de Nora. Llamó a la enfermera para que trajera a la pequeña y proceder con el examen.

Eva lo miraba apretando los puños con cara de desconfianza. El doctor Rogers se decidió a sentarse junto a ella en el diván que se encontraba en una de las esquinas de su amplio despacho y empezar con una conversación sencilla:

—Uy, Eva, no me habían dicho que eras tan guapa y que ibas a venir con un vestido tan bonito —Permaneció unos segundos a la expectativa, esperando la reacción de la niña. Esta se limitó a elevar los hombros y decir gracias. Así que continuó—: Me estaba contando tu mamá que eres una niña muy buena, pero que en clase te gusta mirar por la ventana y que a veces no terminas los deberes —Esto último se lo inventó para volver a tantearla. Eva apretó la boca y enseguida soltó:

—¡Eso no es verdad! Mi mamá sabe que acabo los dibujos, y todo, la primera de la clase —Balanceó las piernas con energía observándolo con mirada retadora—. Y no hay deberes para casa.

—Entonces, eso significa que dibujas muy bien —Eva asintió con la cabeza—. ¿Qué te parece si te enseño un dibujo y tú te fijas mucho en él y luego intentas copiarlo pintando todo lo que recuerdas? Y de cuantas más cosas te acuerdes, mejor —Esa era una buena manera de conocer su capacidad de retención y memoria—. Anda, vamos a mi mesa y podrás apoyarte mejor.

El doctor sacó de un cajón el dibujo de tres niños paseando en bicicleta por un sendero en el campo. Ella lo observó con atención durante treinta segundos y tras coger el folio que le tendía el psiquiatra comenzó a perfilar las figuras y el entorno. Después de colorearlo se lo mostró con satisfacción. Habían transcurrido siete minutos.

El único gesto que delató la admiración del doctor fue la elevación de la ceja izquierda, siempre que algo le impresionaba la ceja actuaba a su antojo.

Aquella niña de cinco años no solo había plasmado a los personajes con los colores exactos que aparecían en el original, también había incluido los detalles más nimios: los tres flequillos al viento, los cinco botones de las camisas, los cordones de las zapatillas, las siete amapolas que salpicaban el camino y las diez piedras. Estaba todo. Se obligó a observar de nuevo la muestra y contó los radios de las bicicletas. Había dieciséis, los mismos que ella había dibujado.

—Tenías razón, dibujas muy bien. Me gusta muchísimo. ¿Me lo regalas y así lo cuelgo en la pared? Que sepas que solo pongo los mejores —Tenía que enseñárselo a un colega, esa precisión era extraordinaria para alguien de su edad.

Eva sonrió satisfecha y enseguida asintió con la cabeza. Estaba encantada de poder dar rienda suelta a sus habilidades y aquel juego le parecía de lo más entretenido, no como aquellas tonterías que le repetían tantas veces en clase.

—¿Puedo hacer más? —preguntó feliz.

Para variar de faceta el doctor continuó mostrándole unas figuras en las que debía localizar las siete diferencias que, por supuesto, encontró. Prosiguió con una serie de cifras, siempre el 6 y el 9, donde el objetivo era hallar las veces que se repetía el número 69. Eva las descubrió todas sin problema. Le preguntó si sabía sumar y al obtener una respuesta afirmativa le propuso una tabla de letras con su correspondencia numérica, donde lo que se sumaba o restaba eran las letras; eran problemas para niños a partir de ocho años, pero Eva no tuvo ninguna dificultad en dar con los resultados.

Que el vocabulario de Eva era superior al nivel infantil le resultaba evidente, así que tras una breve lectura, donde volvió a ratificar su alto coeficiente de comprensión, le planteó inventar su propio cuento, él comenzaría y ella debía continuarlo.

Empezó la narración con cuatro niños que se van a presentar a un concurso de figuras de plastilina. Eva continuó el relato: mientras tres de ellos hicieron muñecos, el cuarto, una niña, creó un cohete, como los que envían a la luna, y le puso cables y un motor a propulsión para que saliera de la atmósfera y encontrar así a Dios. Al encontrarlo le pidió que trajera la paz al mundo y que le explicara por qué debía morir la gente. El doctor tuvo claro que la capacidad intelectual de la niña estaba muy por encima de la media. Aun así no se conformó con aquel final.

—¿Y qué explicación le dio Dios respecto a la muerte?

—La gente tiene que morir para hacer sitio a los que nacen. Todos no cabríamos en la tierra, por eso se quedan con Él en el espacio, es mucho más grande —Levantando los hombros añadió—: Por eso hay más muertos que vivos.

—¿Y la niña ganó el concurso de plastilina? —quiso saber él, juntando las manos a través de la mesa y observándola con atención.

—Eso ya no importa porque ella se quedó con Dios —Abrió mucho los ojos para seguir con el razonamiento—. Estar a su lado es un premio, porque le puede explicar todo lo que ella necesita saber, y como es tan bueno la deja coger el cohete cuando quiera e ir a la tierra a ver a su madre y a su hermana.

Debería evaluarla más concienzudamente para obtener unos resultados más precisos, y así se lo indicó el psiquiatra a Nora Brentano, como también le aclaró que su hija no padecía déficit de atención, más bien le sucedía todo lo contrario. Debía tratarla como lo que era, una niña con altas capacidades a quien la empatía que sentía hacia los demás la convertía en alguien vulnerable con una inteligencia sobresaliente. Y si sus suposiciones se confirmaban, cosa que daba por hecho, lo más conveniente sería que avanzara dos o tres cursos, en función de las conclusiones a que llegara. Era la única forma de conseguir que Eva se desarrollara con normalidad y fuera feliz.

Arrancó el motor y tras echar una mirada a la niña por el espejo retrovisor, Nora pisó el acelerador. Al llegar al primer semáforo se quedó absorta, parecía que contemplaba la nieve que cubría la cima del Monte Hood, pero en realidad no lo veía, estaba valorando las palabras del doctor, que no hacían más que ratificar sus propias percepciones.

Pensó en sus cuatros hijos, todos listos, pero Eva era especial..., y Dexter; tal vez Dexter también lo fuese, ya leía sus primeras palabras y en el aprendizaje era un calco de su hermana. Se lo comunicaría a Robert en cuanto le viese un atisbo de buen humor.

La visita al psiquiatra fue como si le hubiesen dado un bastón en el que apoyarse mientras caminaba por una senda resbaladiza, y se sintió menos sola. En cuanto el disco cambió a verde, y con una nueva energía que la relajaba, dejó de apretar el freno y se concentró en la conducción.

Con paso seguro salió de la oficina del fiscal y se encaminó hacia el coche. Al llegar a la esquina que se disponía a doblar el sol la deslumbró y Eva hizo una parada para colocarse las gafas oscuras. Mientras las sacaba recordó que debía hacer una llamada y, apoyando el bolso sobre el muslo, comenzó a escarbar en él en busca del teléfono. Sus dedos rozaron el móvil y con la espalda todavía encorvada reemprendió la marcha. Tener la cabeza gacha le permitió distinguir la sombra que se reflejaba en la acera. Eva se detuvo en seco mientras alzaba la mirada.

El sheriff Don Merrigan, con las manos juntas y escondidas tras la espalda, parecía que llevase horas esperándola. Un par de pasos atrás se encontraba su ayudante, el mismo que la llevaba siguiendo toda la mañana.

—Buenos días, señorita Brentano —Don sacó los brazos y con la mano derecha se frotó la perilla—, espero que no vaya con mucha prisa porque queremos mantener una breve charla con usted.

—Vaya, jefe Merrigan, veo que ya se ha informado de que no estoy casada —replicó Eva sin el menor atisbo de nerviosismo—. Tengo algunas cosas que hacer, pero nada que no pueda esperar. Me dirigía al coche, si me acompaña, le devolveré la manta que me prestó. Gracias, me vino muy bien.

Con un movimiento de cabeza Don asintió, y en lento avance, como si se tratara de un distendido paseo al sol, los tres se encaminaron en dirección al vehículo. El sargento Johnson se quedó un poco retirado y el sheriff comenzó a preguntarle:

—Anoche me dijo que hacía mucho tiempo que no veía a su tío... —Lo dejó en suspenso para que ella continuase.

—Y así es.

Eva caminaba mirando al frente sin que ni un músculo de su rostro mostrase algún tipo de emoción.

—Pues algo falla porque hemos encontrado dos terminales en el coche de Harry..., y uno de ellos solo lo utilizaba para hablar con un único número, y una vez por semana, al menos —El jefe Merrigan detuvo la sosegada marcha y la miró de arriba abajo—. El suyo.

Eva se deshizo de las gafas y le devolvió la mirada. Don se fijó en que a la luz del día el color verde de sus ojos era más brillante

—De esa circunstancia no tenía ni idea, pero yo solo dije que no lo veía, no que no hablase. De todas formas, es posible que usted sepa algo más que yo.

—¿Y por qué tendría yo que saber algo más?

—Porque acaba de decir que encontraron dos terminales en el coche de Harry, y dicho así, con tanta familiaridad, cualquiera diría que lo conocía... —pareció dudar, aunque tenía muy claro lo que iba a decir—, lo dejaremos en... bastante.

Aquella afirmación lo cogió desprevenido y tratando de no perder la compostura, sin pretenderlo, comenzó a justificarse:

—Por supuesto que lo conocía, era un miembro muy destacado de la comunidad, y coincidía con él en reuniones sociales. Pero —se mordisqueó el labio. Eva Brentano le hacía perder ligeramente los papeles, y eso no debía permitirlo— no hemos venido a hablar de mí, así que explíqueme por qué Harry Brentano tenía un móvil única y exclusivamente para hablar con usted.

—Ya le he dicho que en ese punto no puedo ayudarle porque no tengo ni idea del porqué. Lo único que puedo añadir es que hablábamos a menudo porque, como ya sabrá, no mantengo buenas relaciones con mi familia. Pero eso no quiere decir que no me preocupe por ella, y no me refiero precisamente a ningún tema relacionado con Brentano Plastics, son asuntos que tienen que ver por ejemplo con la salud de mi padre.

A Don Merrigan le hubiese gustado saber los motivos por los que dejó de prestar sus servicios en la empresa, le resultaba obvio que ese fue el desencadenante de la ruptura familiar, pero supuso que aquella perspicaz mujer lo enviaría a tomar viento fresco si se le ocurría preguntárselo. Aun así trató de recabar algo más de información:

—¿Trabajó codo con codo con su tío mientras estuvo en la fábrica?

Ya habían llegado al coche y Eva abrió la puerta trasera del vehículo. Cogió la manta y mientras se la entregaba respondió:

—Sí, yo era la vicedirectora de investigación y desarrollo. Se suponía que tras la jubilación de mi tío yo pasaría a ser la directora —Se apoyó con desgana en la carrocería y cruzó los brazos.

—Entonces, seguro que se habrá formado alguna opinión acerca del elevado número de casos de cáncer que tiene atemorizada a la población de Grassville.

—Aquí la única ciencia que nunca falla son las matemáticas. Si cogemos una muestra de diez localidades con idéntico número de habitantes y confirmamos que en nueve de ellas la repetición de una serie es de uno sobre cien con una desviación del cinco por cien, mientras que en la décima la repetición es de tres sobre cien, solo puede significar una cosa.

—Que algo fuera de lo común está influyendo en la décima población —replicó el sheriff entrecerrando los ojos con astucia.

Eva se encogió de hombros.

—Pero esa es mi opinión, no estoy afirmando ni desmintiendo nada porque, como ya le vengo repitiendo, hace años que no tengo relación con Brentano Plastics, y ese tema era tabú para Harry.

—Por cierto, creí que a eso se le llamaba estadística —Don sacó pecho. Se sentía orgulloso de poder contradecirla en algo.

—Así es, aunque existen distintos criterios, el mío personal es que la estadística es una rama de las matemáticas. En cualquier caso, no se puede negar que es una ciencia que se nutre de recursos matemáticos.

Eva se introdujo en el coche, pero el jefe Merrigan retuvo la puerta, impidiendo que pudiera cerrarla. Todavía le quedaba una cuestión por resolver. Ella, con fastidio, alzó el mentón. El sheriff se ajustó el sombrero.

—¿Y no sabrá, por casualidad —le preguntó con retintín—, por qué había en el coche de su tío un tubo de cristal con unos polvos que han resultado ser caparazón de cangrejo molido?

—Vaya usted a saber, era científico y cualquier cosa podía llamarle la atención, hasta un cangrejo.

—Usted también es científica.

Sin encontrar oposición por parte de Don, Eva cerró la puerta, puso el motor en marcha y bajó la ventanilla para añadir:

—Por eso mismo hubiese examinado las 4 patatas, los 3 higos, el racimo con 32 uvas, las 14 moras, las 7 judías, las 3 cebollas y la calabaza. Eso, si no había algo más debajo de algún coche, y no me dejaría nada por estudiar.

Aquella precisión sobresaltó a Don Merrigan, quien ya había sido informado con exactitud acerca de todas las pruebas halladas, pero no se le notó y el único comentario que pronunció estaba relacionado con la observación de Eva:

—Ya han sido analizados y los resultados no aportan nada nuevo. En cambio, los «polvillos mágicos» del cangrejo me han resultado mucho más... prometedores — Don elevó una ceja y puso cara maliciosa.

—Yo no estaría tan segura. Hay algo que está pasando por alto. Buenos días, jefe Merrigan.

Aceleró y cambió de dirección. A los pocos segundos desapareció por la calle perpendicular. Don elevó la cabeza y permitió que los rayos de sol incidieran directamente en su rostro. Necesitaba esa energía porque su mente, en una rápida valoración, tuvo la convicción de que la enigmática y atractiva Eva Brentano, que tanto podía ser víctima o verdugo, le iba a traer muchos quebraderos de cabeza.